

las orillas meridionales del Hondo, vueltas hacia la cuenca interior del mar japonés, eran seguramente inmigrantes de la Corea, y ocupaban de una a otra orilla. La alternativa regular de los monzones, que, en esos parajes, van de la Corea al Japón, y luego del Japón a la Corea, facilitaba la repoblación: durante el buen tiempo, los pescadores de aquellos mares ven siempre tierras ante sí, Kiu-siu, Tsu-sima y otras islas de menor extensión o las puntas meridionales de la Corea.

Del lado del Sud y del Sudeste vinieron otros colonizadores durante el curso de las edades. El matiz perfectamente aceitunado de los Japoneses del Mediodía y de los insulares de Riu-kiu, parece atestiguar en favor de una fuerte mezcla de sangre malaya, y numerosos individuos de largos cabellos ondulados, hasta rizados, dan algún valor a la hipótesis según la cual los Alfurus de la isla Boeroe (Buru) y de las islas vecinas, lo mismo que los Melanesios, serían hermanos de raza en el archipiélago japonés. Por último, diversos antropólogos se inclinan mucho a creer que los Polinesios, esos maravillosos navegantes tan hábiles para servirse de sus embarcaciones «volantes» o barcos de balancín insumergibles, se hallan también grandemente representados en el Japón¹. El tipo aristocrático por excelencia del Nippon parece ser el de los Polinesios, y en efecto, en las llanuras vueltas hacia el Pacífico, especialmente en los alrededores de Tokio, se encuentran los principales representantes de esa facies notable. La corriente del gran Kurosivo, la «Corriente negra», que corre a lo largo de la costa oriental del Japón, fué la introductora de esos invasores venidos de las islas lejanas.

Cuantos estudian los dibujos japoneses se admiran del contraste que presentan los campesinos y los nobles, tales como los dibujan o los pintan los artistas. Los campesinos, representados muy fielmente, tienen una forma de rostro que se aproxima mucho a la del Mongol: ancha, aplastada, de nariz poco saliente, de frente baja, de párpados dispuestos normalmente siguiendo una línea horizontal. Los nobles, por el contrario, son retratados de una manera completamente convencional y no se parecen sino de lejos a su verdadero

¹ Leon Metchnikof, *Empire Japonais*, Ginebra, 1881.

tipo, admitiendo que sea verdaderamente el de los Polinesios: se les da una figura oval y prolongada, nariz de curva aguileña muy pronunciada, boca casi imperceptible y ojos de una extraordinaria oblicuidad apuntando hacia la nariz en un ángulo más marcado que en ninguna otra raza humana. Los retratos de mujeres, pintados por los artistas japoneses de conformidad con el tipo consagrado, son los más notables a este respecto: parecen realmente en la mayor disconformidad con la Naturaleza. Mientras que en fotografías de mujeres japonesas la línea eje de los ojos se desvía de la horizontal en un ángulo de 2 a 7 grados—límite extremo,—el ángulo varía de 35 a 44 grados en los dibujos japoneses.

Ese empeño de los artistas del Nippon recuerda el de los escultores griegos que continuaban claramente la línea de la frente por la de la nariz, sin depresión intermedia. Cada escuela tiene su tipo, al que se ha convenido en conformarse escrupulosamente. Es indudable que los artistas de todos los países encuentran modelos en la Naturaleza, pero exageran los rasgos admirados por un sentimiento de reverencia hacia los dioses que imaginan a los príncipes que glorifican. Por buenos observadores, por rápidos para tomar una fisonomía y hasta por fáciles para la jovial caricatura que fuesen los pintores japoneses, necesitaban hieratizar forzosamente en la reproducción de las formas cuando habían de reproducir las figuras de los personajes de familias nobles o soberanas.

Aunque haciendo constar las diferencias de origen y de apariencia exterior que representan los habitantes del vasto hemisferio de las islas japonesas, se observa también que la población de los insulares no ofrece en su conjunto una diversidad de tipos superior a la de las naciones occidentales, unificadas por una larga duración de relaciones estrechas. La unidad del pueblo japonés se viene preparando hace muchos siglos, modelándola por decirlo así, sobre la naturaleza ambiente, para darle un carácter armónico con el de su medio. El Japón es una tierra privilegiada, y por eso mismo los Japoneses se han aprovechado de ello física y moralmente. El clima es templado, el suelo fértil, el alimento variado, la vida agradable en paisajes de belleza grandiosa o encantadora. A veces, no obstante, las escenas campestres se interrumpen bruscamente, hay volcanes que lanzan

nubes de cenizas sobre los campos, las llanuras tiemblan y se agrietan, el mar se precipita en fuertes mareas sobre las costas; a la dulzura y a la alegría natural de los indígenas suelen juntarse rasgos de horror trágico: la historia del Japón está llena de dramas que atestiguan el pensamiento dominante de la muerte, presente siempre por las advertencias de la misma tierra, que tiembla y gime bajo los pasos de sus habitantes. Las bruscas sacudidas y las roturas del suelo contribuyen también ciertamente a la potencia del misticismo japonés, al fervor del culto tributado a los antepasados y a los espíritus.

Los Japoneses se alaban de la tenacidad con que observan las costumbres dejadas por los abuelos, aunque dándoles, conforme al progreso, una interpretación nueva. Si hemos de creer los anales legendarios, la actual dinastía imperial tendrá veinticinco siglos y medio de duración; la familia reinante desciende en línea recta de Lminu Tenno, el «divino conquistador», descendiente de los dioses creadores del mundo; ciento veintitrés emperadores se suponen sucedidos sin interregno de generación en generación, desde los tiempos prehistóricos, porque los nueve primeros siglos durante los cuales reinaron los «hijos del Sol», no son conocidos de una manera auténtica por ningún hecho preciso: de ellos no se cuentan más que prodigios. La historia propiamente dicha no comienza para el Japón sino dieciséis años antes de nuestra época, cuando la escritura china fué introducida en el país. El imperio romano estaba entonces en plena decadencia, y el mundo moderno occidental iba a constituirse con una religión nueva y con nuevos elementos. Las dos regiones extremas del Oriente y del Occidente se desarrollaban paralelamente, aunque sin relaciones directas la una con la otra; mas por mediación de China y por las lentas impulsiones que se producían desde la vertiente europea a la vertiente asiática, merced a las leyendas, a los rumores lejanos, a los cambios, a las emigraciones y retornos, a los desplazamientos de toda clase, las comunicaciones se hacían a pesar de todo, aunque en toda inconsciencia de los participantes, entre los ribereños del Atlántico y los insulares de los mares chinos.

Del mismo modo, al sud del Reino Florido, las regiones peninsulares del sudeste del Asia, tan bien denominadas «Indo-China», por Malte-Brun, han recibido su cultura a la vez del Norte y del

Oeste; inmigrantes, lenguajes y costumbres se han cruzado allí de mil maneras, dando origen a civilizaciones especiales; aparte de que la navegación de los Malayos y de los Arabes conservó constantemente en los puertos la vaga noción del mundo occidental: por contacto individual, los pueblos participan sin saberlo de las emociones comunes.

